



Consecuencias del 11 de Septiembre en Rusia y la CEI

Número 1

Francesc Serra

Profesor de Relaciones Internacionales en la Universitat Autònoma de Barcelona

Los hechos que han conmocionado el mundo el pasado 11 de setiembre, con los sangrientos atentados en Estados Unidos, sus consecuencias económicas y políticas todavía difícilmente calibrables y la respuesta militar occidental todavía en curso sobre Afganistán, se han vivido de modo diferente en las distintas regiones del mundo, según el papel que cada país o región puede desarrollar en el nuevo escenario internacional. En el caso de Rusia y el espacio de la CEI, estos sucesos han situado la región en un área estratégicamente privilegiada y han hecho aumentar de modo sensible el valor de Rusia y de su actual administración en tanto que líder regional y como socio distinguido de las potencias occidentales.

2001 está resultando un buen año para Putin y sus políticas. Su influencia y popularidad se han ido consolidando no sólo en Rusia, sino en los Estados vecinos, y su carisma internacional ha recibido grandes espaldarazos tanto en Europa occidental, donde ha sido cálidamente acogido en el Consejo Europeo de Estocolmo, como en la Alianza Atlántica o en foros internacionales como el G-8, en que se halla cada vez más integrado. En el ámbito de su influencia regional directa, la Comunidad de Estados Independientes, Rusia ha podido ver su influencia restablecida en Moldova, tras la victoria electoral de una coalición izquierdista, rusófila y hasta cierto punto nostálgica de la extinta Unión Soviética, al tiempo que el controvertido pero indiscutiblemente rusófilo Lukashenko revalidaba su autocracia en Belarús e incluso la díscola Ucrania se mostraba dispuesta a buscar cauces de diálogo con Moscú tras el acorralamiento político a que se había visto sometido su presidente, L. Kuchma. En Asia central se mantenía una cierta influencia del Kremlin y la lengua rusa recuperaba un sólido estatuto legal en Kirguistán y Kazajstán, países que firmaron varios acuerdos comerciales y de seguridad con Rusia. El papel de Rusia como mediador en los conflictos caucásicos o la legitimidad de la presencia de tropas rusa en Tayikistán y otras zonas calientes de la región parecen haber superado las críticas de años anteriores y contribuyen decisivamente a forjar una nueva imagen de Rusia como líder regional.

En este contexto, los atentados del 11 de setiembre han supuesto una oportunidad para Rusia no sólo de consolidar su posición en el sistema internacional, sino de ejercer una influencia sobre los Estados vecinos que en los últimos tiempos ya se adivinaba creciente. Putin se apresuró a solidarizarse con las víctimas de Nueva York y Washington y a ofrecer cualquier tipo de ayuda a Estados Unidos en la respuesta que considerase necesaria. Las facilidades que ofrecía el Kremlin no eran desechables: en primer lugar, el espacio aéreo ruso se ofrecía como el único seguro y amistoso que permitía a las fuerzas occidentales aproximarse a la región; en segundo lugar, la influencia que Putin pudiera ejercer sobre Uzbekistán y Tayikistán, países fronterizos con Afganistán y por lo tanto claves en el conflicto, era vital para las operaciones terrestres norteamericanas; en tercer lugar, Rusia podía no sólo ofrecer una infraestructura de seguridad bajo su control directo en la zona (tropas de interposición en el conflicto de Tayikistán y de vigilancia de la frontera con Afganistán), sino que se hallaba en condiciones de hacer llegar rápidamente armamento y material (y tropas, si se diera el caso) a las fuerzas de la Alianza del Norte que combaten al régimen talibán

desde el interior de Afganistán, con indisimulado apoyo uzbeko, tayiko y ruso desde hace años.

Si nos preguntamos qué espera ganar Rusia con este apoyo incondicional, la respuesta es múltiple y se relaciona con las expectativas que el Kremlin tenía depositadas en el sistema internacional desde hacía tiempo. En primer lugar, Rusia y su estabilidad se hacen imprescindibles para los nuevos esquemas de seguridad internacionales; habrá que contar a partir de ahora con Putin para el diseño de las nuevas estrategias de seguridad, sin espacio para la más mínima desconfianza. Una clara muestra de ello la encontramos en la reunión de la Conferencia Europea del 20 de octubre, en la que se invitó a Rusia (junto a Ucrania y Moldova) a firmar la Declaración conjunta de condena de los atentados de EEUU y de apoyo de las acciones antiterroristas iniciadas por Washington, al mismo tiempo que los signatarios se comprometían a emprender acciones concretas a este respecto.

En segundo lugar, y en relación directa con lo señalado en el párrafo anterior, Rusia se ve legitimada, e incluso estimulada, a ejercer como líder regional; los devaneos políticos de una Rusia humillada y ansiosa de reconstruir su propia área de influencia ya no serán vistos con susceptibilidad por Occidente, que verá como Moscú se convierte en un mediador fidedigno y privilegiado ante países como los de Asia central que, de otro modo, no ofrecen las mismas garantías de confianza.

En tercer lugar, Rusia ve en la ofensiva integrista de setiembre un claro reflejo de lo que viene experimentando en su territorio desde hace años, por lo que no sólo se solidariza con las víctimas, sino que espera mayor comprensión internacional hacia sus problemáticas internas. Por supuesto el caso paradigmático, pero no el único, es el de Chechenia; el Kremlin venía dando la alarma hacía tiempo sobre la presencia de grupos armados organizados islamistas con conexiones en Afganistán (pero también en Arabia Saudita y otros países) en el conflicto que mantiene con los rebeldes chechenos. En el nuevo contexto internacional, las actuaciones rusas en Chechenia, hasta ahora simplemente toleradas, se ven plenamente legitimadas y reciben una mayor comprensión desde Occidente. En este sentido, el Kremlin se considera parte interesada en la lucha internacional contra el terrorismo, y no puede sentirse más satisfecha con la decisión de Estados Unidos y otros países de estrangular los flujos financieros y logísticos de los grupos islamistas internacionales, lo que en clave interna rusa significa minar los apoyos de la guerrilla chechena. Pero, además, ello significa lavar la imagen rusa: los actos rusos pasados, presentes y futuros en Chechenia serán considerados desde una nueva perspectiva mucho más condescendiente hacia Rusia e intransigente hacia unos rebeldes que han demostrado demasiados vínculos con el régimen talibán y con las organizaciones afines a Bin Laden. El Kremlin deja de ser visto como un régimen autoritario y sanguinario en la medida que sus reacciones en Chechenia son comprendidas e incluso secundadas e imitadas desde Occidente. Pero la presencia islamista en Rusia no se limita a Chechenia. Moscú se siente profundamente incómoda por las iniciativas de gobiernos autónomos como los de Tatarstán y Bashkortostán, que han llegado a mostrarse disconformes con la actitud rusa en Chechenia y en la crisis actual, además de la presencia e influencia crecientes de activistas extranjeros presuntamente religiosos en Daguestán, Siberia y otras regiones. El nuevo escenario internacional va a dar oportunidad a Putin para consolidar su autoridad sobre estos sectores, probablemente las principales sombras en la actualidad al ejercicio de su poder sobre toda Rusia.

Por último, el nuevo escenario internacional supone una ventaja considerable para Rusia en la ya clásica carrera por ofrecer una salida más rápida y segura de los hidrocarburos de Asia central hacia Occidente. Al aumentar la inestabilidad en Oriente próximo y medio ha descartado, a corto plazo, la posibilidad de nuevas vías a través de Asia para

el gas y el petróleo de la región, y las petroleras se están decantando abiertamente por la opción rusa. Ello no sólo aumenta la importancia de Rusia para Occidente, sino que estrecha los lazos económicos entre este país y las repúblicas asiáticas de la CEI.

Por supuesto, no todos los actores involucrados en el nuevo papel ascendente de Rusia ven este proceso del mismo modo. A este respecto cabe hacer mención del papel de Uzbekistán, Estado clave tanto en la región centroasiática como en las operaciones militares vinculadas a la actual crisis. Tashkent aspira desde hace tiempo a convertirse en la potencia regional e influir sobre las demás repúblicas de Asia central, para lo cual no ha dudado en ejercer un claro intervencionismo en los conflictos tayiko y afgano. Pero esta vocación ha chocado a menudo con la desconfianza de sus vecinos y, sobre todo, con la competencia de Rusia. En la situación actual Uzbekistán se ve directamente implicada en la ofensiva mundial contra el integrismo islámico. No sólo por su implicación en el conflicto afgano a través de la ayuda tradicional uzbeka a la Alianza del Norte, sino porque el Estado se ha comprometido desde su fundación, como las otras repúblicas islámicas exsoviéticas, en un modelo laico y prooccidental cercano al turco. En este sentido, cabe recordar que el régimen de Islam Karimov mantiene desde hace tiempo un tenso pulso con grupos islamistas minoritarios pero activos, que llegaron a atentar contra el mismo presidente en 1999. En esta coyuntura, Uzbekistán está plenamente implicada e interesada en la operación internacional antitalibán podríamos decir que antes incluso que se iniciara. Sin embargo, su supeditación a los planes norteamericanos y el papel privilegiado concedido desde el inicio a Rusia como mediador influyente en la zona merman las ambiciones uzbekas como líder regional e incluso su autonomía en el sistema internacional que se podría diseñar en un futuro. Una cierta actitud pusilánime de Tashkent a la hora de ceder sus bases militares y determinadas concesiones a la opinión pública islámica nacional e internacional (como el intento de presionar a EEUU para que no extienda el conflicto a otros países musulmanes) no han contribuido a aumentar el peso específico de Uzbekistán en la operación militar internacional.

En conclusión, la nueva situación internacional surgida del derribo de las Torres Gemelas ha supuesto una magnífica oportunidad para que Putin reafirme su carisma internacional y, sobre todo, para que Rusia consolide su posición en el sistema internacional. Rusia, en efecto, se halla en este punto mejor integrada en el mapa geoestratégico del mundo y se siente más cómoda con sus aliados (ahora sí, aliados) occidentales que en ningún otro momento desde su renacimiento como Estado, en 1991. Los acontecimientos futuros y el diseño geopolítico que resulten de esta crisis determinarán probablemente unas nuevas relaciones entre diferentes sistemas regionales del mundo, pero de momento podemos entrever una ocasión para superar pasadas fricciones entre Rusia y occidente y para que Rusia consolide un área estable de influencia internacional. Sólo debemos esperar que ello no sea en detrimento de los derechos humanos y nacionales de los pueblos de Rusia y de la CEI, en aras de consolidar la fortaleza del Kremlin en un nuevo sistema internacional más proclive a tolerar los excesos de Moscú.